

December 2022

Escribir Con La Esperanza Entre Los Dientes

Alejandra Navarrete Quezada

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.fiu.edu/led>



Part of the [Language and Literacy Education Commons](#)

Recommended Citation

Navarrete Quezada, Alejandra (2022) "Escribir Con La Esperanza Entre Los Dientes," *Revista Electrónica Leer, Escribir y Descubrir*. Vol. 1: Iss. 11, Article 11.

Available at: <https://digitalcommons.fiu.edu/led/vol1/iss11/11>

This work is brought to you for free and open access by FIU Digital Commons. It has been accepted for inclusion in *Revista Electrónica Leer, Escribir y Descubrir* by an authorized administrator of FIU Digital Commons. For more information, please contact dcc@fiu.edu.

ESCRIBIR CON LA ESPERANZA ENTRE LOS DIENTES²²

WRITING WITH THE HOPE BETWEEN THE TEETH

Alejandra Navarrete Quezada²³

Resumen

Escribir puede considerarse una actividad intelectual, pero también es un ejercicio de democracia al enunciar las voces de las poblaciones que históricamente no han tenido acceso al ejercicio a consecuencia de no estar alfabetizadas. Este ensayo explora la escritura desde una perspectiva autobiográfica a la luz de la decolonización, como una posibilidad de re-pensarse en el mundo reconociendo las condiciones socio-históricas de origen y posibilitando, al mismo tiempo, una manera de reivindicar dicha historia.

Palabras clave: Decolonizar. Analfabetismo. Colonialidad del poder. Colonialidad del saber. Educación bancaria.

Abstract

Writing can be considered an intellectual activity, but it is also an exercise in democracy by enunciating the voices of populations that historically have not had access to the exercise as a result of not being literate. This essay explores writing from an autobiographical perspective in the light of decolonization, as a possibility of rethinking the world, recognizing the socio-historical conditions of origin and at the same time allowing a way to reclaim this history.

Keywords: Decolonize. Illiteracy. Coloniality of power. Coloniality of knowledge. Banking education..

22) Se trata de un ensayo autobiográfico. Es un texto redactado desde una perspectiva personal porque trata de dar cuenta que, desde este tipo de escritura, además de poder manifestar nuestros intereses, también es posible reivindicar la historia propia y democratizar el ejercicio de la escritura para nombrar desde nuestras propias voces nuestra experiencia en el mundo que nos tocó vivir.

23) Profesora de educación secundaria en el Estado de México.

Al terminar un doctorado tuve que aceptar que este no me había dejado una mejor oportunidad laboral, ni el suficiente capital social para conseguirlo. Lo que me dejó, en cambio, es difícil de aquilatar en términos materiales. Me hizo cuestionar de diferentes modos el mundo que habito, me hizo identificarme con ciertas ideologías y rechazar otras, me llevó a replantear mi existencia y, con ello, la responsabilidad que tengo con mi tiempo. Me dio la esperanza de fomentar en mis hijas más que la prosperidad material, un espíritu crítico, con el que espero puedan calibrar su existencia desde aristas más igualitarias, con la creciente posibilidad de construir su vida con mayor plenitud de lo que yo he podido hacerlo, y me llevó a encontrar en el ejercicio de la escritura un camino de reflexión que me permita enunciar todo ello.

Alejandra Navarrete Quezada

En el polémico discurso que dio el escritor Guillermo Saccomano en la Feria Internacional del Libro en Buenos Aires (2022), el autor hizo una serie de señalamientos en los que critica duramente a las editoriales y la relación desigual que se gesta con los escritores. El autor nos recuerda la tensión dada entre escribir y publicar y las contrariedades que paga el oficio de la escritura, pero también nos plantea la importancia de mantener vivo el ejercicio y la responsabilidad social de decir algo más extenso y profundo de lo que la gente quiere escuchar. El autor culmina con una frase de John Berger: "Escribo porque sufro, con la esperanza entre los dientes", al no encontrar el origen de la cita he recurrido a comentar el contexto de donde he obtenido la frase a la cual hace alusión el título de este ensayo.

He retomado la frase, porque me ha parecido que encierra una de las tantas razones por las cuales mantener viva la escritura. En un mundo ensombrecido por la desigualdad, sumido en la injusticia, bajo un régimen colonizador cuyo poder ha interiorizado la violencia y ha extendido la política extractivista que extermina la vida en todas sus formas; en ese mundo escribir puede ser un ejercicio de democracia, para exponer desde nuestras miradas, no doctas, no cultas, no pertenecientes al universo académico, sin títulos, ni nombramientos, la denuncia histórica de nuestros sufrimientos, de las injusticias que ha vivido nuestra clase (la que no ostenta el poder),

como una de las clases desterradas de las discusiones intelectuales por no estar alfabetizadas, por no conocer el lenguaje y las categorías de análisis con que nos han nombrado y descrito sin nuestro permiso.

En ese tenor, este ensayo, más que usar la escritura como ejercicio intelectual, aspira a explorarla como ejercicio de libertad, de autoconciencia una vez que me he reconocido como parte de la población que Fanon (1963) nombra "los condenados de la tierra". Condenados, dice el autor, por la violencia que configuró nuestra subordinación, vistos como retrasados, portadores de parásitos, transmisores de enfermedades, herejes, cuyos mitos y tradiciones demuestran nuestra indigencia cultural. Una población avasallada, dedicada al trabajo servil, cuya cabeza gacha es consecuencia del miedo con el que ha aprendido a vivir... a esa clase pertenezco yo.

Así que, lo que el lector encontrará es, en gran medida, una autobiografía mirada a la luz de la decolonialidad. Nombro "de" en lugar de "des" atendiendo a la diferencia a la que alude Catherine Walsh (2013), al proponer que el sufijo "des" hace referencia a la palabra quitar. Para la autora, no es posible quitar el proceso colonizador y sus consecuencias, lo que sí podemos hacer es abrir caminos de reinterpretación, para valorarnos y asumirnos de formas menos dominantes, para existir con y a pesar de dichas consecuencias. Al

igual que la autora, coincido en que no podemos negar nuestro pasado, sino reconfigurarnos ante él. En ese intento, este texto es una manera de re-habitarme en el mismo lugar, pero desde una perspectiva diferente, lo que Walsh (2013) nombra "re-existir", para no cerrar diálogos con el pasado, sino para abrir reflexiones que nos ayuden a reconstituir el ser y mirar-nos de otra manera, reconocernos desde nuestras propias voces, nuestras propias luchas y resistencias para desaprender y configurar una manera más igualitaria de ser y vivir en el mundo sin que seamos exiliados de él.



Mi padre jardinero. Fotografía proporcionada por la autora.

Comenzaré diciendo que mi padre migró del campo a la ciudad cuando era niño. Al establecerse olvidó pronto su lengua materna, un lenguaje autóctono que tenía que dejar atrás si quería sobrevivir en las nuevas condiciones. Otra manera de despojo, dice Fanon (1963), pues con el lenguaje se arrebató la propia soberanía, se derrumban las maneras de nombrar el mundo y se imponen otras. Mi padre aprendió el lenguaje hegemónico porque era el único que le permitían usar para darse a entender, dejando atrás palabras, memorias y saberes de su pueblo. Mi madre, por otro lado, nunca pisó una escuela, porque entonces a nadie le interesó que ella estudiara y, por costumbre o tradición, mi madre fue recluida desde muy pequeña a realizar los quehaceres de la casa. En cierto modo creció en lo que Marcela Lagarde nombra *cautiverios*. La autora señala que "las mujeres están cautivas porque han sido privadas de autonomía, de independencia para vivir, del gobierno sobre sí mismas, de la posibilidad

de escoger, y de la capacidad de decidir" (Lagarde, 1989, p. 106), de tal manera que no tienen posibilidades de configurar un papel activo en la historia de sus propias vidas, pues estas han sido dictadas en gran medida por condiciones culturales que las colocan en un papel de desventaja. Son una forma de mantener cautivas a las mujeres sin conciencia de su propia ciudadanía (Lagarde, 2011). Ambos fueron analfabetos, pero el analfabetismo no puede entenderse de forma neutral, solo como personas que no saben leer y escribir. Ser analfabeto es consecuencia de una construcción social. Los analfabetos provienen de una condición social vulnerable, cuyo acceso a la educación formal es limitado, y si acceden muchos de ellos se convierten en fracasos del sistema educativo, un sistema que a menudo coloca a los estudiantes como adquirientes de habilidades para aceptar roles e identidades predefinidos: los de trabajador explotado calificado. A los analfabetos se les tacha de ignorantes, de socialmente incompetentes en situaciones comunicativas diversas, son tímidos porque su lenguaje es limitado, consecuencia de ello, viven en el silencio perpetuo, no porque no tengan nada que decir, sino porque se desarrollan en condiciones asimétricas, inarticulados de la sociedad, marginados y excluidos históricamente del progreso (Hernández, 2010). Los analfabetos se mueven con desventaja en el diálogo histórico en el que se tejen sus vidas, no solo se les impone qué idioma hablar, sino también qué saberes deben acoger como socialmente aceptados. En ellos, sus saberes son considerados folklóricos y exóticos, haciendo que su historia, experiencia y subjetividad sean devaluadas y negadas ante la *colonialidad del saber*, un modo de establecer la verdad científica como hegemónica erigida sin tomar en cuenta los conocimientos de las distintas geografías existentes en el mundo (Guerrero, 2010).

Mis padres analfabetos me incitaron a estudiar, creían que ello podría darme posibilidades de mejoramiento económico. En cierto modo, tenían la esperanza que muchos padres ponen en la educación escolar: que sus hijos mejoren las condiciones de vida de origen. Para lograr sostener mis estudios mi padre tuvo largas jornadas de trabajo



Mi madre y yo. Fotografía proporcionada por la autora.

y mi madre también, pero solo se nombraban las de mi padre, porque era él quien iba a trabajar fuera de la casa. Mi madre, como muchas mujeres, tuvo que ingeniárselas para completar el gasto como trabajadora doméstica, labores que le mal pagaban, pero que ella aceptaba sin rechistar porque suponía que le hacían un favor. Gracias a ello, logré atravesar la escala de la escuela primaria a la universidad. Sin embargo, a pesar de ser alfabetizada, durante muchos años de mi vida escolar no tuve conciencia de clase, ni tampoco conciencia de género, no sabía que mis padres eran explotados y desconocía que mi madre sufría desigualdad de género, entonces desconocía que un título universitario no podría darme lo que mis padres tanto habían anhelado: ascenso social. En parte porque las estructuras de poder instaladas por la colonización no han logrado desmontarse y a las personas con mis antecedentes socio-históricos, si no cuentan con capital social suficiente, les es difícil ubicarse en un trabajo que represente un mejoramiento evidente de las condiciones sociales de origen.

En cierto modo, desconocía todo esto porque, salvo esfuerzos aislados de algunos profesores,

la mayor parte de mi vida en la escuela padecí lo que Freire nombra *educación bancaria*, situación en la que “la educación se transforma en un acto de depositar en el cual los educandos son los depositarios, y el educador, quien deposita” (Freire, 2002, p. 76). En esta, los estudiantes se convierten en depósitos pasivos; se ignora sus orígenes, sus lenguajes, su cosmovisión; se instala sobre ellos una relación vertical que los ubica como los que no saben, frente a aquellos que ostentan el conocimiento; en cuyo proceso son tratados como ignorantes y oprimidos. No les asiste el cuestionamiento, ni la reflexión para pensarse en el mundo, solo deben recibir lo que se les da, sin diálogo, ni acción. Esto es en parte a consecuencia de los procesos de colonización que han vivido nuestros pueblos. Anibal Quijano (2011) señala que la colonización se deriva del proceso histórico de dominación que Europa despliega en las diversas poblaciones de América Latina en el siglo XVI. Implicó la destrucción de la estructura social de la población colonizada, la cual fue despojada de sus saberes y de sus medios de expresión, dando origen a una supremacía de raza/etnia sobre otras. Derivado de este proceso se instauró la *colonialidad del poder*. Esto es que, aunque ya no se hable

de pueblos conquistados, el poder que ejercieron sobre ellos quedó implantado. Hay en apariencia una nueva estructura política, económica y social, pero el poder se quedó en poblaciones que ya contaban con privilegios durante la colonia.

Son estas estructuras de poder reajustadas con el tiempo las que han decidido la educación que deben recibir los descendientes de los colonizados, qué se les enseña y para qué se les educa. Claro que estas imposiciones se han ido refinando. La *colonialidad del poder* ya no solo nos llega a través de estructuras internas nacionales, se han globalizado, por ejemplo, las reformas educativas que tienen lugar en nuestro país y en muchos países de América Latina devienen, en gran medida, de las orientaciones que organismos internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) imponen sobre las políticas educativas, las cuales se esfuerzan por producir trabajadores aptos para el mercado laboral; someten a los países a exámenes estandarizados y los resultados se convierten en análisis que devoran a los sujetos destinatarios del sistema escolar, haciendo que estudiantes y maestros sean vistos como culpables del poco progreso alcanzado en sus países (Hernández, 2013). En términos de lecto-escritura se lanza contra ellos campañas devastadoras tachándolos de insuficientes e incompetentes, pero no se habla de que las oportunidades de acceso a dichas habilidades varían según los grupos sociales de procedencia. Tampoco se cuestiona que, en gran medida, la imposición de procesos de homogeneización educativa ha implicado la negación de las diferentes identidades de los pueblos, ni de las barreras que enfrentan socialmente las poblaciones con escasos recursos para integrarse a las comunidades académicas (Hernández, 2018). No se dice que aprendemos la lecto-escritura para entregar tareas en la escuela, para pasar exámenes, para obtener una credencial, pero escasamente la aprendemos para nombrarnos a nosotros mismos en el mundo en que habitamos.

Yo crecí bajo la consigna de la repetición, durante mis primeros años desconocí la fuerza que

contiene la lecto-escritura, aunque llegué a leer a grandes escritores, primero porque poco entendía su lenguaje, segundo porque solo analizaba la estructura, el tipo de texto, pero poco analizaba el contenido y la implicación de sus palabras. Leer y escribir tendría que ser un ejercicio de libertad, que sirva, como indica Freire (1984), para leer el mundo e interpretarnos en ese mundo, para ser co-participes de los debates de nuestro tiempo, que sirva como espacio de denuncia, de interpretación de nuestras vidas, de manifestar nuestra propia voz en el mundo que nos tocó vivir.

Pero, para llegar a dicho efecto, es necesario atravesar procesos de reflexión que nos posibiliten re-pensarnos de una manera distinta, no solo como oprimidos, silenciados y sin sentido de ciudadanía. En mi caso, el acercamiento a la teoría de la decolonización me ha permitido reconocer estructuras dadas a lo largo de un proceso histórico particularmente avasallador llamado *conquista*, cuyos efectos siguen latentes de diferentes modos en nuestro actuar, ejemplo de ello, la terca homogeneización del currículum nacional que, sin importar el gobierno en turno, quiere imponer de forma vertical negando así los distintos contextos en que pretenden que se lleve a cabo. Al respecto, Hernández (2022) destaca cinco puntos que tendrían que considerarse para cambiar cuestiones esenciales de cómo se lleva el aprendizaje en las aulas:

- 1) Maestros/as que se vean a sí mismos como profesionales con criterio y autonomía para pensar y decidir, y no como aplicadores del "programa oficial.
- 2) Alumnos/as cuyas vidas no cuelguen de un hilo por razones de sobrevivencia económica, violencia rampante o inexistencia de empleos decentes y suficientes para quienes se matan estudiando.
- 3) Diseñadores y autores de materiales educativos libres para poner su conocimiento y creatividad al servicio de alumnos y maestros, no al servicio de la burocracia educativa.

- 4) Poner fin al fraude y la ilusión del "currículum nacional único y obligatorio", que en los hechos solo existe en el papel, no en las aulas; el currículum real con los maestros y sus condiciones reales de vida, formación y trabajo.
- 5) Fortalecer en serio a la educación superior y a la investigación científica, que tanto esfuerzo y tiempo nos ha llevado construir, en vez de difamarlas y desmantelarlas financieramente.

Aspectos que retomo porque me parece que nos recuerdan en gran medida que nuestro fracaso educativo no puede comprenderse solo desde las reformas, sino que a ese fracaso le subyacen procesos de subordinación, carencias de toda índole y escasa democracia en los procesos de configuración político-educativa, que producen como efecto las lecciones de repetición, de subordinación, de estudiantes silenciados, sin oportunidades reales de mejoramiento de sus vidas y sin conciencia plena de su ciudadanía.

Para decolonizarnos, es necesario -dice Walsh (2013)- no solo reconocernos desde nuestra propia historia, sino además hacerla consciente y aprender a confrontarla, para desmontar los poderes bajo los cuales hemos sido subsumidos. La decolonización es un modo de replantear de forma integral nuestra situación colonial, es motor de acción para reconstituírnos, como bien lo señala Fanon al decir que:

La descolonización no pasa jamás inadvertida puesto que afecta al ser, modifica fundamentalmente el ser, transforma a los espectadores aplastados por la falta de esencia en actores privilegiados, recogidos de manera casi grandiosa por la hoz de la historia. Introduce en el ser un ritmo propio, aportado por los nuevos hombres [y mujeres], un nuevo lenguaje, una nueva humanidad. La descolonización realmente es creación de hombres [y mujeres] nuevos. Pero esta creación no recibe su legitimidad de ninguna potencia sobrenatural: la "cosa" colonizada se convierte en hombre

[y mujer] en el proceso mismo por el cual se libera (Fanon, 1963, p. 17).

En mi caso, ha implicado un golpe a la conciencia, lo suficientemente fuerte como para trastocar la manera en que he vivido. Me ha significado un doloroso proceso de interiorización al darme cuenta de que había dado por natural muchas actitudes que aprendí socialmente, en gran medida por mi origen social, pero también por mi condición de mujer. Tuve que hacer un recorrido histórico de mi vida y calibrar desde perspectivas críticas mi estancia en el mundo, solo a partir de ahí he podido replantear mis aspiraciones como derecho legítimo.

Ahora ya no escribo para entregar un trabajo como ejercicio burocrático. Escribo como una expansión sentimental de mi existencia, como un recurso de re-definición para no dejar que me devore el silencio que marcó a los que me antecedieron. Escribo como mecanismo de reconfiguración histórica, no para decir cosas bonitas y elegantes, sino consciente de que muchos de mis congéneres no fueron invitados al banquete de la alfabetización creciente y activa que permite el diálogo con el conocimiento en distintas dimensiones, que extiende las aspiraciones más allá de los contextos personales para formar parte del reducido mundo de estudiosos que nombra los acontecimientos del mundo; escribo sabiendo que sus vidas y la mía fueron marcadas violentamente por el hambre, el arrebato de las tierras, el esclavismo, la servidumbre, el machismo, el aniquilamiento de nuestro lenguaje, de nuestra memoria y de nuestras formas de vida. Sé que lo poco que sea posible hacer por decolonizar mi historia significa al mismo tiempo reconfigurar la historia de mis padres y posibilitar una historia más igualitaria para los que vienen detrás de mí.

Como podrá darse cuenta el lector, este escrito trata de hablar del proceso doloroso que ha implicado reconocermé como población colonizada. La historia de mis padres y la mía está llena de desigualdades que se multiplican a la sombra del supuesto progreso que el capitalismo

ha exacerbado, anulando de distintos modos nuestras posibilidades de enunciamiento. Por ello, escribir nuestra propia historia significa, en cierto modo, reivindicar, aunque sea de forma somera, nuestra participación en un mundo que por mucho tiempo no nos tomó en cuenta.

Concluyo aludiendo a la frase que da origen al título de este ensayo "escribo con sufrimiento, pero con la esperanza entre los dientes" por mí y por los míos. Porque escribir desde nuestras vulnerabilidades es ser aire cuando la vida se sofoca en medio del abuso del poder. Porque escribir, desde nuestras propias voces, mantiene viva la conciencia humana de que existimos las, los y les otros. Porque escribir es un modo de resistir cuanto todo lo que nos queda es supervivencia. Porque escribir es un modo de ser grito cuando la injusticia se disipa en el silencio. Escribo para recordar la fuerza de movimiento que todavía tienen las palabras.

REFERENCIAS

- Fanon, F. (1963). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Freire, P. (1984). *La importancia de leer y el proceso de liberación*. España: Siglo XXI editores.
- Freire, P. (2002). *Pedagogía del oprimido*. España : Siglo XXI.
- Guerrero, P. (2010). *Corazonar. Una antropología comprometida con la vida. Miradas "Otras" desde Abya-Yala para la decolonización del poder, del saber y del ser*. Quito: Abya-Yala.
- Hernández, G. (2010). *Decolonizing literacy. Mexican lives in the era of global capitalism*. Bristol-Buffalo-Toronto: Multilingual Matters.
- Hernández, G. (2018). Desarrollo ideológico-cultural y apropiación del discurso académico entre estudiantes universitarios. *Revista Brasileira de Linguística aplicada*, 18(4), 771-798. Obtenido de <http://dx.doi.org/10.1590/1984-6398201812989>
- Hernández, G. (16 de Febrero de 2022). Reformas educativas: ilusiones innecesarias. *Crónica*. Obtenido de <https://www.cronica.com.mx/academia/reformas-educativas-ilusiones-innecesarias.html>
- Hernández, L. (2013). La cal(am)idad educativa y la resistencia magisterial. *El Codiniano*(179), 5-25. Obtenido de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32527012002>
- Lagarde, M. (1989). *Antropología de los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Tesis doctoral. México: UNAM-Facultad de Filosofía y Letras.
- Lagarde, M. (2011). Presentación de *Los cautiverios de las mujeres*. Reflexiones: una mirada a los cautiverios. 20 años después. En M. Lagarde, *Los cautiverios de la mujeres* (págs. 283-317). México: Coordinación de Estudios de Posgrado, CEIICH-PUEG-UNAM.
- Quijano, A. (Julio-diciembre de 2011). Colonialidad del poder y clasificación social. Contextualizaciones Latinoamericanas. *Revista semestral del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos de la Universidad de Guadalajara*, 3(5), 1-33.
- Walsh, C. (2013). Introducción. Lo pedagógico y lo decolonial: Entretejiendo caminos. En C. Walsh, *Pedagogías decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir, (re) existir y (re) vivir*. Tomo I (págs. 23-68). Quito: Ediciones Abya-Yala.



ARTÍCULO RECIBIDO: 30 DE MAYO DE 2022

DICTAMINADO: 3 DE SEPTIEMBRE DE 2022

ACEPTADO: 15 DE OCTUBRE DE 2022